

Acerca del terrorismo y la guerra psicológica.

Flabián Nievas.

Cita:

Flabián Nievas (2007). *Acerca del terrorismo y la guerra psicológica*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/159>

Acerca del terrorismo y la guerra psicológica

Flabián Nievas

Magíster en Investigación en Ciencias Sociales (Fac. de Ciencias Sociales, UBA), Profesor Adjunto a cargo de la cátedra “Sociología” en el CBC y Profesor Adjunto en “Sociología de la Guerra”. Ambos autores son investigadores del Instituto “Gino Germani” de la Fac. de Ciencias Sociales (UBA)

flabian@fibertel.com.ar

ACERCA DEL TERRORISMO Y LA GUERRA PSICOLÓGICA

El siglo XXI empezó con una espectacular acción que de inmediato fue calificada de “terrorista”: la destrucción de las Torres Gemelas y el ataque al Pentágono. A partir de entonces, una serie de hechos reciben la misma calificación: los ataques en Londres y en Atocha, las repetidas acciones de la resistencia en Irak, de los palestinos en el Estado de Israel, y otros en Afganistán, en Osetia del Norte, en Moscú, etc.; hechos, sin duda, de muy distinta magnitud y realizados por motivos particulares cada uno de ellos. ¿Cómo englobarlos en su conjunto en una misma tipificación?

La respuesta, más que conceptual, nos es dada por imágenes: destrucción, cuerpos mutilados, sangre, escenas de pánico y desesperación, escapes de gases, incendios, sonidos caóticos de sirenas, explosiones. En una palabra, los medios de difusión masiva nos “transportan” virtualmente al escenario para aventar toda duda. El impacto emocional en el espectador lego conforma una base de certeza que opera como lo que Gastón Bachelard llamaba “el primer obstáculo”: el de la experiencia básica que se coloca “por delante y por encima de la crítica”.¹ Aquello que se ha visto y oído es “real”. Y ciertamente no pertenece a la ficción. El metadiscurso mediático dispone un “recorte” de la realidad y las conclusiones aparecen casi naturalmente. En su defensa, los medios pueden argüir que el hecho difundible tiene especificidad por la discontinuidad que presenta (el flujo de movimientos más o menos previsibles de un grupo de gente reunida en un bar, por ejemplo, constituye una continuidad que es interrumpida por el estallido de un artefacto; a partir de allí, entonces, la secuencia temporal incorpora una nueva lógica y una nueva dinámica que tipifican el hecho). También esto es cierto. Pero estas certezas son tales dentro de una configuración determinada. El científico social no puede permanecer en la mirada construida desde los medios de difusión masiva. Mucho menos cuando se trata de un fenómeno —cuanto menos— complejo. Justamente en reconocimiento de tal complejidad, muchos analistas tratan de comprender esta especificidad preguntándose ¿qué es el terrorismo? Esta pregunta, trataré de argumentar, está mal formulada y, en consecuencia, las respuestas encontradas serán necesariamente deficientes.

De inicio, las respuestas a tal pregunta suelen confundir dos órdenes: el terrorismo como práctica y el terrorismo como organización. Así algunos analistas

responden a una cosa y otros a la otra.² Walter Laqueur³ y Fernando Rein-ares,⁴ por ejemplo, atienden a la primera mirada; Ulrich Beck⁵ y Thérèse Del-pech,⁶ en cambio, la configuran de la otra manera. Dicha ambigüedad denota, en primer lugar, la inespecificidad del fenómeno que se pretende analizar. El problema es tanto más acuciante cuando se pretenden dar respuestas prácticas al mismo. Así surge la noción de “guerra contra el terrorismo”, en la que están empeñadas las principales potencias militares del mundo, con los resultados que están a la vista. Como sensatamente lo advierten Gassino y Riobó, “el terrorismo es un procedimiento y no un fin en sí mismo, por ello es absurdo identificar al terrorismo como el enemigo.”⁷ ¿De qué se trata entonces esto del “terrorismo”? es necesario hacer un breve repaso histórico.

I

La moderna democracia occidental, nadie lo duda, nació con la Revolución Francesa de 1789 (aún cuando en 1776 se había producido la independencia de Estados Unidos). La instauración de la democracia supuso álgidos enfrentamientos entre quienes postulaban diferentes interpretaciones de la misma. Pero si hubo una persona que sintetizó en gran medida el espíritu democrático de su época fue Maximilien Robespierre, el mismo que instaurara el Terror en Francia. No se trata de una doble personalidad ni de una dualidad; como advierte Rosenberg, “se esgrimía en ese entonces el supuesto de que una revolución violenta era un hecho democrático, sin importar el derramamiento de sangre y el terror que entrañara.”⁸ Dicho en otros términos: se era demócrata, por lo tanto se era terrorista. El terror aparecía como la forma natural para imponer la emancipación de las masas. Esta asociación íntima, casi sinonímica, desapareció poco después.

Poco más de un siglo más tarde, con la Revolución socialista de 1917 reapareció esta asociación, esta vez entre bolcheviquismo y terrorismo.⁹ De manera ineluctable, con la aparición de un nuevo orden, el terrorismo aparece asociado a las prácticas que lo promueven. Durante los años '60 y '70, en aquellas regiones del globo donde había movimientos insurgentes, de manera casi invariable se signó a los mismos como “terroristas”, independientemente de los métodos utilizados por éstos. Esta amplitud es la que, justamente, llama la atención sobre el fenómeno que abordamos.

Por otra parte, la asociación a un proyecto político, explícito o no, nos indica que debemos escoger otro marco conceptual para poder comprenderlo adecuadamente. Nuevamente Gassino y Riobó aportan una reflexión muy interesante sobre esto:

“[...] el terrorismo es un método de lucha violenta que, aunque cruel y despiadado, está al servicio de una voluntad política, en función a una visión particularista que procura lo que todo conflicto plantea: un bien que no se tiene y se desea, o que se busca mantener frente a la apetencia de otro. [...] Comprendiendo la naturaleza política del problema, no le es aplicable una concepción jurídica que lo encuadre en una figura delictiva. Las voluntades políticas entran en una escalada de violencia y desembocan en un estado de guerra. Cada parte de la guerra reclamará

seguramente de su lado la licitud de su causa o ilicitud del contrario, pero jamás uno podrá tildar al otro de delincuente, ni menos reprochar los métodos que no fueran práctica o tácitamente acordados por ambos. En este sentido, es difícil imaginar que el enemigo pueda ser identificado como «el terrorismo». Un método no puede ser un enemigo.”¹⁰

Esta concepción nos lleva a considerar el fenómeno de otra manera, como una forma, una táctica, de lucha. Como tal, no puede ser enjuiciada moralmente, como corrientemente se hace. Volvamos entonces a nuestro enunciado inicial: ver la construcción del terrorismo y del terrorista, construcción que se fundamenta en hechos empíricos y, en consecuencia, de difícil cuestionamiento.

II

La historia nos alerta sobre la confianza absoluta en los datos “empíricos”. Veamos, por ejemplo, los razonamientos de Ptolomeo para rechazar la idea de que la Tierra rota: de ser eso cierto, una piedra arrojada verticalmente hacia arriba, debería caer en un punto distinto al del lanzamiento, ya que la Tierra ha rotado. Además, tanto las aves como las nubes deberían desplazarse a mayor velocidad hacia el oeste que hacia el este, ya que sumarían su velocidad en un caso al de la rotación del planeta, y lo restarían en el otro. Ninguna de esas cosas podía comprobarse. Por el contrario, “empíricamente” se probaba lo opuesto.¹¹ Sin adentrarnos en consideraciones epistemológicas, porque no es nuestro interés, sí podemos tomar estos ejemplos para postular que lo empírico no se desentiende de lo conceptual, no tiene existencia *per se*.

Aunque un contrafáctico no constituye una comprobación, sí es un recurso heurístico para presentar nuestra posición. Si se mostraran con la misma nitidez y detalle con que se muestran las acciones “terroristas”, las escenas provocadas por un bombardeo, es altamente probable que el espectador sintiese idénticas sensaciones que cuando ve las imágenes y escucha los sonidos que muestran ante cada acto perpetrado por “terroristas”. Decimos que es probable ya que tal eventualidad raramente ocurre.¹²

En tal circunstancia estaríamos frente a la presentación de hechos que, aunque discontinuos en sí mismos, se enlazan en un mismo *proceso*. El espectador contaría, entonces, con los elementos para pensar el fenómeno en términos procesuales y, por tanto, significar de una manera completamente distinta los hechos que parcialmente ocurren en cada proceso. Remarco el sentido de contar con los elementos, lo que no significa necesariamente alcanzar a construir conceptualmente el proceso. Para ello es necesario, además, poseer una teoría adecuada que permita ordenar tales elementos de una manera coherente; de lo contrario, no pasa de ser un caos en el que “todo es una barbaridad”, y remitir estos hechos a la barbarie es una adecuada manera de no poder inteligirlos. La guerra, aunque desagradable es altamente civilizada y no es en absoluto inhumana; es profundamente humana.

Pero no se trata aquí de ver lo que “debería ser” para entender los procesos, sino de observar cómo operan los mismos para que se vean determinadas cosas de un modo particular, y cuáles son los mecanismos para ello.

III

Una guerra, se sabe, se libra en diferentes “planos”: en el poderío militar, en la economía, en la búsqueda de alianzas propias e interrupción de las enemigas, y también en lo anímico y lo psicológico. A esto último se lo suele llamar, de una manera no del todo adecuada, “guerra psicológica”.

Como toda guerra es, ante todo, una relación —tal como lo presentaba Clausewitz al exponer su tesis de ascenso a los extremos—, no sólo se debe tratar de conocer lo mejor posible al enemigo (sus recursos, estrategia, vulnerabilidades, etc.), sino que se debe propender a desdibujar el conocimiento de sí al enemigo. Esto se logra mediante el manejo de la información. Se suele decir que la primera víctima de una guerra es la verdad. Aunque tal pretensión es ingenua ya que no es posible hablar de verdad en ciencia, pone de manifiesto un aspecto insoslayable de todo conflicto armado, que es la utilización intencional de la información, con los fines antes expuestos.

La historia está repleta de estas argucias o estratagemas. Sun Tzu fue el primero que escribió sobre ellas. Por supuesto, en épocas más cercanas, se comenzaron a crear cuerpos especializados dedicados a la “guerra psicológica” en los que tienen un lugar destacado los científicos sociales: psicólogos, sociólogos, antropólogos, comunicólogos, y otros especialistas diagraman las políticas y los dispositivos a ser empleados con el triple fin de confundir al enemigo, ganar aliados y fortalecer la perspectiva del propio bando en la confrontación. Se trata de una actividad que ha ido cobrando una profesionalización creciente, y que en la Segunda Guerra Mundial adquirió un lugar propio en las estructuras militares. No significa que antes los científicos sociales se mantuvieran al margen, sino que a partir de entonces esta actividad dejó de ser vocacional. Recordemos a Weber, quien sostenía poco tiempo antes de comenzar la Primera Guerra Mundial que “No puede haber *paz* en la *lucha* económica por la existencia; sólo el que confunda la apariencia con la realidad puede creer que el disfrute pacífico de la vida es lo que les reserva el futuro a nuestros descendientes [...] No es misión nuestra enseñar a nuestros sucesores el camino a la paz y la satisfacción humana, sino más bien a mostrarles la *lucha eterna* por el mantenimiento y cultivo de nuestra integridad nacional.”¹³

La Dra. Montgomery McFate ilustra la colaboración profesional de los antropólogos con el Ejército de Estados Unidos.¹⁴ Cada disciplina debería, ciertamente, hacer un repaso similar. Actualmente la participación de psicólogos en los interrogatorios y las torturas realizadas en la base de Guantánamo es muy cuestionada por otros profesionales, aunque la Asociación profesional sólo se limitó a “desalentar” a sus asociados a participar de tales actos. Claro que no puede pretenderse que se expida más categóricamente una asociación cuando desde recintos académicos se estimula la aplicación de tormentos.¹⁵

Sin embargo no todos ni siempre llegan a tales extremos. Hay muchísimos más profesionales comprometidos con prácticas más “asépticas”. El desarrollo de programas de gran alcance suele incorporar colaboradores que, en general, ni siquiera sospechan de su participación en los mismos. Esto se instrumenta a través del financiamiento a Organizaciones No Gubernamentales, a las que no imponen programas sino pautas, generando un consenso implícito sobre los márgenes de “razonabilidad”: aquello que queda por fuera ni siquiera es censurado, directamente se omite, pierde interlocución. Para poder mensurar adecuadamente la dimensión de estas redes, basta con ver que la NED (National Endowment for Democracy – Fundación Nacional para la Democracia), organización que cuenta con el aporte del tesoro estadounidense, y que claramente asumió funciones que otrora cumplía la CIA en el exterior,¹⁶ solo en 2005 ha financiado a ONG’s argentinas con 383.491 dólares.¹⁷

Es necesario ser cuidadoso y no fomentar una mirada conspirativa; no existe una red orquestada desde un centro omnipoderoso que manipula a su antojo a las personas sin que estas lo adviertan. Nos enfrentamos, más bien, a una compleja trama de intrincados intereses, en los que en definitiva las fuentes de financiamiento tienen un mayor poder coactivo, pero no de una manera visible, sino “positivamente”, de un modo que prácticamente no genera resistencias, por el contrario, potencia algunos aspectos, construye consensos, articula horizontes conceptuales y, en consecuencia, obtura otros. Esta es la base, el subsuelo, sobre el que se edifica, entre otras cosas, la noción del terrorismo. Como queda de manifiesto, la guerra psicológica es sutil y no perceptible.

IV

Dado que el “terrorismo” no es algo existente en la naturaleza, algo que resulte evidente por sí mismo, veamos las principales operatorias para la construcción de tal categoría con la certeza de una evidencia que —como vimos— no es tal. Pero la construcción de esta evidencia no es evidente. Se trata de infinitesimales mecanismos de producción/control de conductas, de estímulo de determinados deseos y de represión de otros deseos, de exacerbación de miedos específicos, en función de todo lo cual las más variadas actividades desarrollan acciones específicas que tienen la particularidad de tener siempre un objetivo visible que no es el que estamos enunciando. Creo que se deben distinguir dos niveles: por un lado todo lo que engloba la permanente elaboración del fetichismo de la mercancía —digo esto porque efectivamente son actividades culturales mercantiles que tienen como efecto este fetichismo analizado por Marx, pero dirigidos sordamente al reforzamiento de determinadas sensaciones/valores—. Por otro lado las actividades específicas dirigidas a modelar las concepciones; éstas constituyen propiamente las actividades de “guerra psicológica” —las PSYOP—, pero se asientan en las primeras que, aunque sin directriz volitiva, conforman la condición de posibilidad de las segundas abonando el terreno para que la “guerra psicológica” tenga mayor eficacia.

El análisis semántico de la publicidad, el cine y otras manifestaciones del arte subsumidas al capital nos presentaría una perspectiva de la estética en la que se asientan determinados esquema a la postre morales y, en consecuencia, apodícticos. Lo “bello” y lo “feo” tienen una asociación notable con lo “bueno” y

lo “malo”, lo deseable y lo repulsivo, lo luminoso y lo oscuro, lo seguro y lo caótico; entre el ser y la nada. Pero no es tan importante cuáles son los elementos que se ordenan en esta dicotomía, sino el establecimiento mismo de un esquema binario, que en su seductora sencillez no sólo remite a estadios infantiles, sino que coloca por fuera de la interlocución cualquier pensamiento o moral más sofisticada. La crítica no deja de ser posible, pero no es relevante: no hay posibilidad de intercambio más allá de estrechos círculos.¹⁸

Manuel Freytas¹⁹ sostiene que hay dos mecanismos básicos en la guerra psicológica: la sobreabundancia de información y el bombardeo de imágenes y sonidos. El primero produce perplejidad y, por lo tanto, conspira contra el pensamiento reflexivo (que necesita procesar y sintetizar la información). Aunque Freytas lo presenta como algo intencionado, parece más ajustado suponer que es un efecto no necesariamente buscado, y mucho menos planificado, pero sí una situación usada para obtener un determinado efecto. El segundo, que se monta sobre el primero, no apunta a la conciencia sino a la base inconsciente de la misma: los deseos y los temores. También éste parece ser no intencionado en muchos casos.

Pero sin caer en teorías conspirativas tampoco se debe permanecer en la ingenuidad. Muchas campañas se montan organizadas desde centros políticos a fin de desprestigiar o construir preconceptos sobre un sector de la población, o sobre un sector político, de modo que de manera irreflexiva se sienta rechazo o precaución sobre ese sector.²⁰ Esto no constituye una novedad; ya Michel Foucault nos alertaba sobre estos mecanismos, recurrentes desde el siglo XIX como mínimo.²¹ Lo que han variado son las técnicas específicas. La evolución de los medios de difusión masiva, y aún de los medios de comunicación, sirven para tal fin: cadenas de e-mails o incluso de SMS señalando supuestos peligros alertan sobre una figura que sólo deja de ser fantasmagórica en la medida que la incorporamos como verdad indubitable en nuestro repertorio mental, es decir, cuando la transformamos en sentido común. Estas nominaciones infinitesimales, en apariencia inofensivas, van minando el subsuelo de la conciencia. Obsérvese, por ejemplo, con qué naturalidad se menciona como medios de comunicación a los medios de difusión masiva; la televisión, los diarios, la radio, por ejemplo, son medios de difusión; el correo, el teléfono, el fax, en cambio, son medios de comunicación; en los primeros el flujo es unidireccional, en los segundos la relación es entre equivalentes. No se trata de una disquisición semántica, sino conceptual, cuyo efecto es ideológico: resulta más fácil de aceptar algo que proviene de una “comunicación”, es decir algo que proviene de pares, que algo que se difunde, cuyo carácter último no puede sustraerse al de propaganda. El periodista es percibido como un par, un trabajador, de intereses iguales a los de cualquiera. No resulta sencillo ni intuitivo separar la palabra de la imagen de quien la enuncia. Esta asociación, que aparece como “prestigio”, es uno de los procedimientos para construir credibilidad, que es el eufemismo elegante de ingenuidad, es decir, la total desprevenición sobre los contenidos que se vierten. No es mero azar que sea desde estos centros que, en medio del aparente caos de información, se nos organiza la mirada sobre el terrorismo.

V

Probablemente a esta altura no faltará quien sospeche sobre los peligros de una paranoia a la que pueden conducir estas observaciones, o incluso en la que pueden fundarse. Esa posibilidad siempre está latente y no sólo no debe negársela, sino que debe afrontársela decididamente. Sin embargo, no estoy realizando un planteo totalizante, un sistema cerrado sin salida aparente. Ya advertí sobre el riesgo de la lectura conspirativa de estos procesos. Del mismo modo hay que evitar su hipostación, porque de lo contrario perdemos toda posibilidad de perspectiva crítica, nuestra única arma contra la hegemonía cultural sobre la que este fetichismo oculta la destrucción de parte de la humanidad y del planeta bajo el imperio de la ley del valor. Existe un modo, tal vez el único, de evitar esa pérdida de perspectiva —la que, finalmente, opere amalgamándonos ideológicamente o bien, de manera opuesta, instalándonos en una mirada paranoica, tiene idéntico efecto—, que consiste en lo que Bachelard llamaba “vigilancia epistemológica”: el cuidado esmerado en el uso de las categorías teóricas. O, si se prefiere, el uso crítico de la teoría.

Lo críptico de esta afirmación, que sólo cobra sentido pleno para quienes realizan tal observancia epistemológica, obedece a los límites científicos que adolecemos: desconocemos aún los procesos de transmisión de teoría eficaces; sólo el estudio, el debate y la reflexión nos hacen incorporar fundamentos teóricos, y la investigación nos permite desarrollarlos críticamente. Pero eso lleva años de formación. El “mientras tanto” es siempre un perpetuo lodazal conceptual en el que nos movemos, con mejor o peor criterio, a veces más acertadamente, otras veces menos, pero siempre con un norte que nos orienta: la denuncia anticapitalista.

VI

Sintetizando lo expresado: prácticamente agotada la expansión del capitalismo, estamos en una etapa de intensificación del mismo, que encuentra límites ecológicos y resistencia social y política. Los agentes del capital libran una feroz lucha en pos de doblegar la resistencia y disimular estos límites. El sostenimiento de este proyecto requiere no sólo que se lo tolere más allá de la razón y el instinto de supervivencia de la especie, necesita que se lo apoye lo más activamente posible. La construcción de esta legitimidad es el terreno en el que se desarrolla la guerra psicológica, y es condición de posibilidad para tal pretensión presentar a los opositores activos como “terroristas”.

¹ Bachelard, Gastón; *La formación del espíritu científico*, México D.F., Siglo XXI, 1997, pág. 27.

² Una presentación de estas concepciones puede verse en Duhalde, Gabriela *et. al.*; “Terrorismo Internacional: Distintas percepciones sobre un mismo fenómeno”, Centro Argentino de Estudios Internacionales, Documento de Trabajo N° 2, noviembre de 2004. En línea en <<http://www.caei.com.ar/es/programas/dys/terrorismo.pdf>>

³ Laqueur, Walter; *Terrorismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1980.

⁴ Reinales, Fernando; *Terrorismo y antiterrorismo*, Barcelona, Paidós, 1998.

⁵ Beck, Ulrich; *Sobre la guerra y el terrorismo*, Barcelona, Paidós, 2003.

⁶ Delpech, Thérèse; *Política del caos*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 2003.

⁷ Gassino, Francisco y Riobó, Luis; “Antecedentes próximos”, en *La primera guerra del siglo XXI. Irak 2003*, Buenos Aires, Círculo Militar, 2004, tomo I, pág. 149.

⁸ Rosenberg, Arthur; *Democracia y socialismo. Historia y política de los últimos ciento cincuenta años (1789–1937)*, México D.F., Cuadernos de Pasado y Presente N° 86, 1981, pág. 44.

⁹ Kautsky, Karl; *Terrorismo y comunismo*, Madrid, Júcar [1919], 1977.

¹⁰ Gassino, F. y Riobó, L.; *op. cit.*, pág. 160.

¹¹ Estos ejemplos los he tomado de García, Rolando; *El conocimiento en construcción. De las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de los sistemas complejos*, Barcelona, Gedisa, 2000, pág. 213.

¹² Ocurrió, por ejemplo, durante una fase de la guerra de Vietnam.

¹³ Citado por Anthony Giddens, en *Política y sociología en Max Weber*. Madrid, Alianza, 1997, págs. 25/6.

¹⁴ McFate; Montgomery; “Antropología y contrainsurgencia: la historia extraña de su relación curiosa”, en *Military Review*, mayo-junio de 2005.

¹⁵ Los profesores Philips Heymann y Juliette Kayyen, de Harvard, publicaron en 2005 el “Proyecto de Estrategia Legal a Largo Plazo para Preservar la Seguridad y la Libertad Democrática”, en el cual aconsejan crear un marco legal que permita la aplicación de tortura y los asesinatos selectivos para resguardar la democracia. Cf. http://www.cronica.com.mx/nota.php?id_notas=169732

¹⁶ Cf. Calvo Ospina, Hernando; “Más discreta y tan eficaz como la CIA”, en *Le Monde Diplomatique* N° 97, julio de 2007.

¹⁷ Esto surge de su propia página: <<http://www.ned.org/grants/05programs/grants-lac05.html>>. Las organizaciones beneficiarias fueron Poder Ciudadano (US\$ 79.795); Centro de Estudios Legales y Sociales (US\$ 71.460); Fundación Nueva Generación Argentina (US\$ 61.561); Asociación por los Derechos Civiles (US\$ 61.187); la Asociación Civil por la Igualdad y la Justicia (US\$ 58.575); y el Centro de Implementación de Políticas Públicas para la Equidad y el Crecimiento (US\$ 50.913).

¹⁸ Un muy puntual ejemplo de la estandarización operada en nuestro país puede observarse en el consumo cinematográfico. Aunque es difícil hacer encuadres taxativos, no estamos muy lejos de la realidad si decimos que las producciones de Hollywood —al menos las de los últimos años— suelen caracterizarse por la linealidad y su evidente y casi ingenuo maniqueísmo. Sin embargo, pese a la pobreza artística, es el tipo de cine con mayor convocatoria, como puede verse: **G01**

¹⁹ Freytas, Manuel; “Guerra de cuarta generación. Cuidado, su cerebro está siendo bombardeado. Parte I”, [en línea], en <http://www.iarnoticias.com/secciones_2006/norteamerica/0022_guerra_psicologica_parte_2_31mar06.html>

²⁰ “Las operaciones psicológicas transmiten información seleccionada hacia audiencias extranjeras. Una misión clave es la de [...] influir en sus emociones, motivos, y razonamientos objetivos, comunicar la intención y afectar el comportamiento. Es crucial que cada tema y objetivo refleje y apoye la política nacional [estadounidense], y que los programas informativos sean integrados dentro de todos los programas de información internacional es para asegurar consistencia y mensajes complementarios.” Lungo, Ángela María (My); “Guerra.com. El Internet y la guerra psicológica”, en *Military Review*, septiembre-octubre de 2002.

²¹ Véase, por ejemplo, “Los anormales”, en *Vida de los hombres infames*, Montevideo, Altamira, 1992.